EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL PODER

DEL ORO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.—40.—2.°

1875.

EL PODER DEL ORO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

Representada por primera vez en el Teatro MARTIN en la noche del 7 de Abril de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.		ACTORES.
MARÍA	SRAS.	GARCÍA (J.).
DOÑA MERCEDES		SOLÍS.
EL SEÑOR PEDRO	SRES.	DOMINGO.
CÁRLOS		VENEGAS.
DON BRUNO		CAMARA.

AL EXCMO. SEÑOR GENERAL

DON MARCELO DE AZCÁRRAGA.

SUB-SECRETARIO DEL MINISTERIO DE LA GUERRA.

Dígnese V. E. aceptar este modesto trabajo, que tengo el honor de dedicarle, atendiendo únicamente al buen deseo que me anima y no al mérito literario de que carece.

Humilde cronista de las glorias y costumbres de nuestros bravos soldados, al recorrer la senda de la literatura dramática, en la república de las letras, tengo una especial satisfaccion en ofrecer á la ilustracion de V. E. estas cortas páginas, hojas sin perfume, recogidas al paso en la extension de mi infecundo ingenio y que sólo mostrar pueden la savia poderosa que un noble pensamiento hace siempre germinar.

De V. E. con la más distinguida consideracion su atento s. s. y s.° q. b. s. m.

Enrique Ceballos Quintana.

Madrid y Mayo de 1875.

ACTO ÚNICO.

Salon elegante. Puertas laterales y al fondo, que conducen respectivamente á las demas habitaciones, al escritorio, á la caja y al exterior.

ESCENA PRIMERA.

D. BRUNO, CÁRLOS.

BRUNO. Está bien cerrada, bien,
(Saliendo del cuarto de la caja y cerrando.)
y aquí no hay gente que pueda...
mas como al fin el dinero
es tan goloso... estas letras
(Guardando unas que habrá examinado ligeramente.)
cumplen hoy y no conviene
perder un dia siquiera
(Acercándose á la puerta del escritorio.)
en cobrar... ¡Cárlos! ya es hora
(Volviendo á primer término despues de llamar á Cárlos.)
de suspender la tarea...
CARLOS. ¿Llamaba usté? (Saliendo del escritorio.)
BRUNO. ¿Se hizo el saldo?
CARLOS. Sí señor; todas las cuentas

corrientes.

BRUNO. ¿Hay vencimientos?

CARLOS. Ninguno.

BRUNO. Sea enhorabuena.
Yo voy ahora á realizar
con uno de mis colegas
cierta cantidad... usté
puede abandonar la mesa
hasta mañana. Á propósito:
(Volviendo ántes de salir.)
si mientras yo doy la vuelta
tuviera usted la bondad
de aguardar por si álguien llega...

CARLOS. Con mucho gusto.

BRUNO. Aún Mercedes
no ha regresado, y con ella
salió tambien mi María;
de modo que usté se queda
por amo de casa.

CARLOS. Es cierto;
y me honra sobremanera
su buena amistad...

BRUNO. Nó á todos
mostrára esa deferencia.

CARLOS. Pero ..

BRUNO. Yo tengo en usté
una confianza plena,
pues aunque sólo hace un año
que en esta casa se encuentra
como primer oficial
del escritorio, mil pruebas
de honradez y celo ha dado...

CARLOS. Yo cumplo...

BRUNO. Por esa senda
se marcha bien, y con tacto
y una economía extrema
se va labrando el dinero,
que es lo que le tiene cuenta,
para poder algun dia
con tranquila independencia,
lanzarse á propios negocios
de una utilidad directa.

CARLOS. Es verdad.
BRUNO. En nuestro siglo
el oro es suprema ciencia;
conque... á estudiarla con fruto,
que importa mucho el saberla!

ESCENA II.

CÁRLOS.

¡Viejo avaro! encargo inútil
me has hecho; la ciencia magna
mostróme há tiempo el negocio
dentro de tu propia casa.
María me ama y su madre
nos protege... sólo falta
que un feliz éxito logre
para mi ambicion mi audacia.
Y lo obtendré; yo en mi ayuda
tengo su inocencia y... calma!
creo... son ellas que vuelven...
cubrámonos con la máscara.

ESCENA III.

MARÍA, DOÑA MERCEDES, CÁRLOS.

MERC. ¿Aún aquí?
MARIA. Ya no esperábamos
verle.
CARLOS. Don Bruno ha salido
y me rogó que aguardase
por si álguien venía. Él mismo
sin saber me proporciona
un consuelo en mi martirio,
y el único que á mi pecho
le da en su tortura alivio.
MARIA Ya ves, mamá, cómo saben
fingir los hombres...
CARLOS. ¡Fingido
mi puro amor!
MERC. Ella quiere

probarle á usté...

CARLOS. No concibo...

MERC. Su corazon no es quien dicta
sus frases, pues sabe es digno
de su afecto, y yo por esto
el de los dos apadrino.
Quizá mi esposo al juzgarlo
lo hará de un modo distinto,
que los hombres de negocios
cegados por falso brillo,
sólo hallan la conveniencia
del oro para sus hijos.

CARLOS. Esa es mi desgracia.

MERC. Es cierto;
pero como yo no miro
bajo ese punto de vista
su felicidad, estimo
más un corazon honrado
y noble, que el atractivo
de unas riquezas, que pueden
matar el idealismo,
llevando al alma el cansancio
y al corazon el hastío.

CARLOS. Es usté muy buena...

MARIA. ¡Un ángel!

MERC. ¿Por qué? ¿por qué el sacrificio
no quiero del porvenir
de mi hija? ¿por qué en su auxilio
voy contra un padre, que anhela
su felicidad lo mismo
que yo; pero que al buscarla
ha equivocado el camino?

CARLOS. (Me hiere su franco acento,
y sin embargo, es preciso
callar la conciencia...)

MERC. Un dia
llegará, yo en eso fío,
en que mi esposo volviendo
de su error, y arrepentido
de sus proyectos, conozca
la exactitud de mi juicio.
Mientras...

MARIA. Miéntras, yo que sé
apreciar bien tus designios,
bendigo tus intenciones
y tu proceder bendigo!
CARLOS. (Las dos sencillas... las dos...
si las oigo más vacilo...)
¡Ah! (Escuchando hácia el fondo.)
MERC. ¿Qué es eso?
MARIA. Llaman...
CARLOS. Sí;
(El diablo viene en mi auxilio...)
será algun negocio...
MARIA. Siempre
los negocios...
MERC. Es preciso
tener paciencia...
MARIA. Mas...
MERC. Vamos,
que el amor nunca intervino
en cuentas...
CARLOS. (Con sonrisa forzada.) ¡Cierto!
MERC. Y es ántes
la obligacion que el cariño.

ESCENA IV.

CÁRLOS, el SEÑOR PEDRO.

CARLOS. ¡Qué lucha!
(Dejándose caer en un sillon, en primer término.)
PEDRO. ¿Se puede entrar?
CARLOS. (No quisiera...)
PEDRO. (Entrando.) Con permiso...
CARLOS. (Y sin embargo, es preciso,
ya no debo vacilar...)
PEDRO. (¡Él es!) ¡Cárlos! (Acercándose á él.)
CARLOS. (Volviéndose un poco sin levantarse.)
¿Qué se ofrece?
PEDRO. (Acercándose más y queriendo abrazarle.)
¡Cárlos!
CARLOS. ¡Ah! (Levantándose con sorpresa.)
PEDRO. (Se ha sorprendido.)

CARLOS. ¡Él!
PEDRO. Al fin... me has conocido;
ya era tiempo...
CARLOS. Me parece
(Con frialdad, reponiéndose de su sorpresa.)
que equivocó mi ademan...
No tengo el honor...
PEDRO (Con sentimiento.) ¿Qué escucho?
CARLOS. Y ahora, aunque lo siento mucho,
pero me urge... (Haciendo ademan de salir.)
PEDRO. (Atrayéndole por un brazo y deteniéndole.)
¿Pues qué?... ¿están
muertas de tal modo aquí
las más caras afecciones,
que no evocan mis facciones
un recuerdo para tí?
¿Es que en Madrid corrompida
la existencia con su ambiente
se borran así en la mente
los recuerdos de la vida?
Pero... no... te has sorprendido...
te he visto palideeer...
¡si no puedo comprender
que no me hayas conocido!
CARLOS Pues bien, ¿á qué más fingir?
le conoci desde luégo,
mas quise poner en juego
mi astucia para salir.
PEDRO. ¡Salir!
CARLOS. Sí; porque presumo
que forjándose ilusiones
sentirá ver sus razones
disiparse cual el humo.
Usté vendrá aquí á verterlas
en amistoso consejo,
pero... aunque las diga un viejo
las olvidé de saberlas.
En conclusion: he querido
sus sermones evitar...
nada me puede enseñar
que yo no tenga aprendido.
PEDRO. ¿Conque despues de buscarte

dia tras dia afanoso,
sólo hallo un necio orgulloso
cuando consigo encontrarte?
¿Conque dejando el lugar
para darte estrecho abrazo,
rompes el único lazo
que á tí me puede ligar?
¿Y este viejo, que por serlo
bendice á Dios como un niño,
te ve, al darte su cariño,
indigno de merecerlo?
Está bien; y pues evitas
reconocer mi semblante,
no temas que en adelante
te importunen mis visitas.
No temas que yo pregone
tu ingratitud, tu desden...
¡que Dios te guíe hácia el bien
y tu madre te perdone!

CARLOS. ¡Señor Pedro!

PEDRO. ¡Voto á brios!
¿querrás aún reconvenirme
porque me haces producirme
cual no conviene á los dos?
¿Acaso con tu notoria
locura que va aumentando,
no estás, Cárlos, insultando
de tu madre la memoria?

CARLOS. ¡Oh!

PEDRO. Tú has sentido pesar
sobre tí hasta hoy mi influencia,
siempre de ella tu conciencia
se ha querido emancipar.
Pero aun ignoras cuál era
de mi conducta el motor;
ignoras que por su amor
obraba de esa manera.

CARLOS. Amor... ¡á mi madre!

PEDRO. Sí;
desde pequeño la amaba,
y sólo ese amor formaba
la ventura para mí.

¡Ah! yo era pobre, así es,
que honrado, mas sin fortuna,
quise conquistar alguna
para ponerla á sus piés.
Mientras tanto juré yo
guardar mi pasion secreta;
ni una mirada indiscreta
mi cariño reveló.
Pasé á América, logré
ganar con fe y con constancia;
pero aunque corta mi estancia
casada al volver la hallé.

CARLOS. Mas...

PEDRO. Era rica, y tu abuelo
la unió á un viejo acaudalado,
porque el metal codiciado
formaba todo su anhelo.
Yo dominé mi afliccion,
y amante de su honra pura
ante todo, mi amargura
sepulté en mi corazon.
Pisando do quier abrojos
al seguir su santa huella...
¿acaso una vez en ella
leyeron algo mis ojos?
¡Oh! no sé, pero aún palpita
mi corazon lastimado,
con el recuerdo adorado
de aquella mujer bendita!
Y aún pienso que en su dolor
que yo creí comprender,
fué la mártir del deber
cual yo lo fuí del honor!
Sucumbió; al fijar en mí
su vista en el trance amargo,
me hizo la pobre el encargo
de que velara por tí.
Murió tu padre y al mundo
quisiste lanzarte luégo,
desatendiendo así el ruego
de mi cariño profundo.
Viniste aquí; en el lugar

de tus bienes al cuidado
me quedé; lo que ha pasado
no lo puedes olvidar.
Derrochador sin conciencia
despreciando mis consejos,
en orgías y festejos
has disipado tu herencia.
Y cuando rotas conmigo
las antiguas relaciones,
tras de mil indagaciones
dar con tus huellas consigo,
en vez de hallar la alegría
en tu pecho, me amenazas,
¡poco ménos! y rechazas
el perdon que te traía.
¡Ah! proceder tan insano
yo arreglára entre los dos,
si no pensára que Dios..
te ha dejado de su mano!

CARLOS. ¿Dónde va usté?

PEDRO. Á mi lugar;
á cultivar mis terrones;
siquiera allí hay corazones
que me saben apreciar.
¿Á qué tengo de afligirme
por quien á mi voz no cede?

CARLOS. Pero ántes... usté no puede
condenarme sin oirme.

PEDRO. ¿Oirte?

CARLOS. ¡Sí, por el cielo!
bastante tiempo he callado
y tengo el pecho abrumado
bajo una capa de hielo.
(Atrayéndole á primer término y bajando algo la voz.)
Usté, que en el pueblo habita,
que con su aire puro alienta,
no puede usté darse cuenta
de esta atmósfera maldita.
Su aliento duro... cruel,
tiene un poder sin igual...
aquí se aspira metal

y se respira papel.
El oro... el oro do quiera
su mortal veneno extiende...
hacer oro... y no se entiende
la vida de otra manera!

PEDRO. Tú deliras...

CARLOS. ¡No por Dios!
es una fiebre del alma...
aquí no hay dicha ni calma;
siempre del dinero en pos.
Yo gasté... yo no sabía
del oro el poder tirano.
quedé pobre, y ni una mano
vino á estrecharse á la mia.
Y amigos que me adularon,
mujeres que me atendieron,
despues no me conocieron
cuando sin oro me hallaron.
Estónces yo, que anhelaba
en mi rencor desquitarme,
un dia juré vengarme
del mundo que me olvidaba.
Me oyó el diablo; aquí un destino
la suerte me deparó,
y en esta casa hallé yo
la fortuna en mi camino.

PEDRO. ¡Cómo!

CARLOS. Sí; mi principal
es banquero...

PEDRO. Y tú supones...

CARLOS. Nada; busco sus millones
del modo más natural.
Él tiene una hija...

PEDRO. ¡Villano!

CARLOS. ¡Señor Pedro?

PEDRO. ¡Voto á Sán!

CARLOS. Yo sólo aspiro en mi plan
á que me entregue su mano.

PEDRO. Y sólo por ambicion,
sin amarla...

CARLOS. Me conviene.

PEDRO. ¡Pero este hombre ya no tiene

nobleza en el corazon!
¿Conque es decir que por ver
tu venganza asegurada,
piensas hacer desgraciada
para siempre á una mujer?

CARLOS. Otras me hicieron á mí,
que el oro de mis rivales....

PEDRO. ¡Oh! no hay duda que esas tales
serían dignas de tí!

CARLOS. Repórtese ó....

PEDRO. ¡Vive el cielo!
¿Cómo escuchar con paciencia
á quien tiene su conciencia
bajo una capa de hielo?
¿Acaso es la sociedad
tal como tú la describes,
ni es el mundo cual concibes
sólo miseria y maldad?
¿Dónde el oro su poder
ejerce en el pueblo honrado
que de su brillo olvidado
trabaja para comer?
¿Dónde su tendencia impía
encuentra hácia el mal anhelo,
en este clásico suelo
del honor y la hidalguía?
¡Ah! si ofuscó tu razon
alguna pasion mezquina,
ven allí, donde germina
la vida del corazon.
Donde múltiples bellezas
que brotan sin fin, sin nombre,
recreo y sosten del hombre
son sus mayores riquezas.
Allí.... bajo el ancho tul
flotando en áureo encaje,
admira el rico celaje
que borda el inmenso azul.
Allí no tiene turbados
sueños que causan temores,
ni ve allí otros resplandores
ni más reflejos dorados

de su aspiracion en pos,
que la luz viva... esplendente...
del sol, que asoma en Oriente
cual la sonrisa de Dios!

CARLOS. Si fuera verdad...

PEDRO. Lo es;
deja necias teorías
y de tus locas manías
da para siempre al través
Ven conmigo á la quietud
con que te brindo contento...

CARLOS. No, no es posible... no cuento
con tal fuerza de virtud.
Sus frases me alucinaron,
mas son frases ilusorias,
esos ensueños de glorias
mis infortunios crearon.

PEDRO. ¡Cárlos!

CARLOS. Del oro el poder
nada puede dominar...

PEDRO. ¡Pues juro que he de librar
de su influjo á esa mujer!

CARLOS. ¡Ah! qué hará usté!

PEDRO. Es cuenta mia.

CARLOS. Es que yo...

PEDRO. (Tengo una idea...)
Ah! (Escuchando hácia el fondo.)

CARLOS. Vienen...

PEDRO. Sí, tal vez sea...

CARLOS. El padre!

PEDRO. El cielo le envía.

ESCENA V.

DICHOS, D. BRUNO.

BRUNO. Cobré al fin y... beso á usté
la mano. ¿Es?...

CARLOS. El señor Pedro
Ramirez, rico hacendado
de Leon...

BRUNO. Ah! pues celebro...
(Dándole la mano.)
PEDRO. Servidor...
BRUNO. Vaya, ¿hay negocios?
PEDRO. Sí señor, y de tal género,
que su atencion más completa
reclamo desde ahora...
BRUNO Bueno!
¿es de gran monta?
PEDRO. De mucha,
y como el asunto es nuestro
tan sólo, quisiera hablarle
tambien á solas ...
CARLOS. (¿Qué es esto?)
BRUNO. Si es reservado... aunque yo
para él nunca hago misterio...
PEDRO. Es muy reservado...
CARLOS. (¿Intenta?...)
(Al señor Pedro con aire amenazador.)
PEDRO. (Déjanos solos ó al viejo
le descubro...)
CARLOS. (Oh!) Hablen ustedes
con libertad... (Nos veremos,
y si algo en mi contra fragua...)
PEDRO (Obro por mi cuenta y riesgo.)

ESCENA VI.

EL SEÑOR PEDRO, D. BRUNO.

BRUNO. Soy de usté.
PEDRO. (Creo ha de dar
mi idea luz...)
BRUNO. Tome asiento.
PEDRO. Con su permiso. (Sentándose ambos.)
BRUNO. Ya escucho.
PEDRO. Seré conciso; hace tiempo
que, viviendo cual un hongo
solo en la tierra, deseo
hallar un dulce calor,
que, dando á mi espíritu aliento
me muestre en mi aislada vida

el cariño y el consuelo.

BRUNO. No deduzco...

PEDRO. Ese calor
es la familia...

BRUNO. Pues ménos
entiendo ahora...

PEDRO. Soy un hombre
maduro, cual ve...

BRUNO. Sí, veo...
(Pues ni una jota...)

PEDRO. En salud
nada envidio, y en dinero
puedo equiparar mis rentas
con las de usté...

BRUNO. Ya, comprendo...
quiere usté asociarse...

PEDRO. Sí;
pero asociarme por medio
de una union más duradera
que un contrato de comercio.

BRUNO. Mas...

PEDRO. Su casa es respetable,
mi apellido no lo es ménos,
y creo que ganaríamos
los dos en honra y provecho.

BRUNO. Sí señor, estoy conforme,
pero si no indica el medio...

PEDRO. Pues bien; yo, Pedro Ramirez,
rico hacendado, soltero
y honrado á carta cabal,
con el debido respeto
le pido al señor don Bruno
la mano de su hija...

BRUNO. (*Saltando de la silla.*) ¡Cuernos!
Digo...

PEDRO. (*Levantándose á su vez.*)
¿Se asusta?

BRUNO. Hombre, ha sido
tan de sopeton... ¡Qué genio
tiene usté!...

PEDRO. Sí, voy al grano
al punto.

BRUNO. Mas lo primero,
en caso de que aceptase
tal honor...
PEDRO. Sí, ya comprendo;
primero es contar con ella...
BRUNO. Justamente.
PEDRO. Eso deseo;
y me alegro que usté sea
de esa opinion.
BRUNO. Mas no vuelvo
de mi estupor. ¡Si usté nunca
la ha visto!
PEDRO. Hay otro misterio
aún...
BRUNO. ¡Cómo!
PEDRO. Tal vez logre
con mi peticion un riesgo
grande evitarla...
BRUNO. ¿Qué dice?
PEDRO. En este instante no puedo
explicarle...
BRUNO. Mas quisiera...
PEDRO. Señor don Bruno, yo tengo
para obrar así razones
muy poderosas.
BRUNO. Lo creo;
pero usté me vuelve loco...
evitar á mi hija...
PEDRO. Cierto.
BRUNO. Conque usté... vamos... no atino...
PEDRO. Lo toma usté tan á pecho...
No es el peligro seguro
ni tampoco del momento.
BRUNO. Mas yo...
PEDRO. Lea usté en mi rostro,
señor, y si el más ligero
temor le inspira...
BRUNO. ¡Oh, no tal!
PEDRO. Pues bien; ha dicho, y en ello
tiene razon, que á su hija
no he visto...
BRUNO. Y...

PEDRO. Con ese objeto
iba á suplicarle...
BRUNO. ¿Qué?
PEDRO. Que me permitiera al ménos
una pequeña entrevista
para juzgar del efecto
que la causo.
BRUNO. ¿Sabe usté
que es original...
PEDRO. Si en ello
tiene reparo...
BRUNO. Ninguno...
(Parece este hombre sincero.)
(Acercándose á las habitaciones interiores y llamando.)
¡María! Aquí puede usté
hablarla... yo no estoy lejos...
espero en breve me aclare
sus frases...
PEDRO. Sí.
BRUNO. Fio en ello.
PEDRO. Descuide...
BRUNO. (No sé por qué,
mas juzgo que este labriego
ha de tener de buen oro
el corazon y el dinero.)
(Entrando al cuarto de la caja.)

ESCENA VII.

EL SEÑOR PEDRO.

Voy... ya está ahí... ¡Qué sorpresa
la espera!... Mas si los dos
han de... yo espero que Dios
me saque bien de la empresa.

ESCENA VIII.

DICHO, MARÍA.

MARIA. ¡Ah!

PEDRO. Señorita...

MARIA. Creí...

PEDRO. Sí, su papá la ha llamado.
(El rostro es de ángel.)

MARIA. Entónces...

PECRO. Ha sido á mi ruego.

MARIA. Extraño...

PEDRO. He querido hablarla á usté
á solas.

MARIA. ¿Á mí?

PEDRO. Sí; á Cárlos
conozco mucho.

MARIA. ¡Ah!

PEDRO. Y tambien
su amor.

MARIA. Su amor...

PEDRO. Me he enterado
por él mismo; ahora quisiera
que con el lenguaje franco
del alma, usté á una pregunta
respondiera. ¿Le ama tanto
que ser feliz no podría
con otro hombre?

MARIA. Aunque este caso
es bien raro y no comprendo
ni su intencion ni su extraño
proceder, como no sé
mentir, ni por qué negarlo
tengo á nadie, seré ingénua
como usté quiere.

PEDRO. Eso aguardo.

MARIA. Pues bien, señor, ya que usté
tal intimidad con Cárlos
debe tener, que conoce
su pasion, sepa que le amo
con toda la fe que él sólo
me supo inspirar...

PEDRO. Y acaso
no pensó usté en la distancia
que hay entre los dos...

MARIA. Yo acato
las conveniencias del mundo

cuando son justas, pero árduo
fuera apreciar si el valor
de mis riquezas es tanto
que iguale al de el pensamiento
que en mí fija un hombre honrado;
porque yo, señor, entiendo,
aun en el siglo en que estamos,
que si sentimientos dignos
al soplo de amor brotaron,
aunque venderse pudieran
no hay oro para comprarlos.

PEDRO. Eso es decir...

MARIA. Cárlos pobre
es para mí un millonario,
que el tesoro de su amor
es mi fortuna.

PEDRO. Muy gratos
son al corazon tan nobles
pensamientos; mas pasado
al fin el primer ardor
de la pasion...

MARIA. Es en vano
cuanto diga; y si su objeto
es influir en mi ánimo
para que desista...

PEDRO. Y bien;
¿si ademas de todo Cárlos
no la amase cual merece?
¿si fuese ilusion...

MARIA. Ya tanto
presumir...

PEDRO. Tengo motivos
para querer ver muy claro
en esto.

MARIA. ¡Cómo!

PEDRO. Es que yo,
que por su dicha me afano,
y no quiero sea juguete
de algun capricho de Cárlos,
y que los dos de sus males
inicien luégo el catálogo,
si falta amor en alguno

ó hay inesperiencia en ambos,
yo, que tal quiero, he pedido
á don Bruno...

MARIA. ¿Qué?

PEDRO. Su mano.

MARIA. ¿Usté? ¡la mia!

PEDRO. ¡Sí tal!

MARIA Vaya, se está usté burlando...

PEDRO. Usté lo verá...

MARIA. ¿Qué dice?

PEDRO. Que su papá no ha mostrado
desden á un yerno que dobla
el capital...

MARIA. ¡Basta!

PEDRO. En tanto...

MARIA. Basta le digo, señor;
y sólo á su edad mirando,
me contengo en reprochar
su conducta.

PEDRO. Es...

MARIA. ¡Concluyamos!

PEDRO. Por mi parte no desisto,
y pues influye en el ánimo
de su papá, voy á darle
el resúmen detallado
de mi fortuna...

MARIA. ¡Oh! repito
que no puedo oirle...

PEDRO. Vamos,
usté manda y yo no quiero
(Dirigiéndose al cuarto donde está D. Bruno.)
contradecirla. (¡Aún hay algo
que al par que conmueve el pecho
hace engrandecer el ánimo!)

ESCENA IX.

MARÍA, CÁRLOS.

MARIA. ¿Qué es esto?

CARLOS. (Entrando de pronto por el fondo.) Yo bien lo sé.

MARIA. ¡Cárlos!

CARLOS. Oí lo bastante
para enterarme del plan
que proyecta ese hombre infame...
¡Para eso invocó el hipócrita
el recuerdo de mi madre!
para eso...

MARIA. Mas él... ¡Dios mio!
no comprendo...

CARLOS. ¡Eres un ángel!
¡Oh! qué corazon... sería
el hombre más miserable
si yo desde hoy fuera indigno
de tí...

MARIA. Pero...

CARLOS. Tú no sabes
lo que mi conciencia sufre,
vida mia, en este instante...
yo he sido un necio, María,
en no admirar lo que vales,
en no adorarte...

MARIA. ¿Estás loco?
¿qué he hecho yo para expresarte
de ese modo?

CARLOS. ¿Que qué has hecho?
darme la vida, mostrarme
un mundo de gloria; tú eres
desde hoy rosado celaje
de mi esperanza, la luz
de mi conciencia, tú atraes
la paz sobre mí, y más grata
será para mí tu imágen
que la tierra para el náufrago,
que para el pájaro el aire,
y que para el tierno niño
el beso que en su semblante
con sello de amor imprime
la bendicion de su madre!

MARIA. ¿Y siempre mi amor no ha sido
lo mismo?

CARLOS. Mas tu lenguaje
de há poco el valor mostróme
de los sentimientos grandes

que nunca acaban; ¡ah! yo
sufría en lucha incesante...
¡Si! dices bien... ¿la virtud,
el amor, puede comprarse?

MARIA. Yo no sé...

CARLOS. No te hace falta
comprender... mi fe renace...
ese hombre con su malvada
intencion ha hecho resalte...
mas yo no quiero ser ménos
que tú; yo quiero acercarme
á tu nobleza; que seas
mia tú sola, y que gane
con el sudor de mi frente
ese oro de que privarte
quiere mi amor, hasta tanto
que mi trabajo lo alcance.

MARIA. Pero...

CARLOS. Ahora es necesario
que sepa al punto tu madre
lo que ocurre; que entre todos
hagamos frente á los planes
del viejo... despues...

MARIA. Despues...

CARLOS. Diré á don Bruno que nadie
te ama cual yo... que renuncio...
¡Ah! el temor de dejarte,
de perderte, ha hecho que sienta...
celos...

MARIA. ¡Celos!

CARLOS. Sí... no sabes ..
los he tenido... he pensado...
si él pudiera ..

MARIA. ¡Disparate!
de nadie ó tuya...

CARLOS. ¡Oh! bendita
seas!

MARIA. Voy...

CARLOS. Sí, mas no tardes.
Tu madre...

MARIA. Cuenta con ella.

CARLOS. Que Dios premie sus afanes

y á tí la dicha que debo...
MARIA. Y á tí...
CARLOS. ¿Qué?
MARIA. La que me pagues.

ESCENA X.

CARLOS, el SEÑOR PEDRO, despues D. BRUNO.

CARLOS. Fuí un infame...
PEDRO. (Aun queda fé
en su pecho...)
CARLOS. Y yo queria...
gracias, Dios mio! Ahora...
PEDRO. ¡Cárlos!
CARLOS. ¡Otra vez! ah! y no vacila
despues de lo que ha pasado
en presentarse á mi vista...
PEDRO. ¿Por qué razon?
CARLOS. ¡Vive Dios
que admiro su hipocresía;
y si su edad no mirase...
Oh! salga usté y que en mi vida
vuelva á verlo!
PEDRO. Ántes deseo
estar en tu compañía
frecuentemente...
CARLOS. ¡Ha tratado
de arrebatarme la dicha!
¡casarse con ella!
PEDRO. Es cierto.
CARLOS. Y aún quiere...
PEDRO. Calma tu ira...
CARLOS. Salga usté!
PEDRO. ¡Cárlos!
CARLOS. Oh! no haga
que pierda el juicio! (Asiéndole por un brazo.)
PEDRO. ¿Imaginas
que he de desistir? Aparta,
loco de atar! (Rechazándole con fuerza.)
CARLOS. Ah! me incita...
me impele á que... ¡vive Dios!

sí, estoy loco... se extravía
mi mente, y pues que lo quiere,
pues que mi cólera obliga
veremos si aún...
(Asiendo violentamente una silla.)

PEDRO. ¡Insensato!
(Sujetándole el brazo.)

CARLOS. Juro á Dios!

PEDRO. Calla!

BRUNO. ¿Quién grita?
(Saliendo y retrocediendo un paso asustado al ver la actitud de Cárlos.)
¡Ah!

PEDRO. No tema...

CARLOS. Es que... (Avergonzado.)

PEDRO. Este jóven
quiso ver mi sangre fría.

BRUNO. ¡Pero hombre!

PEDRO. Ahora vaya á oir
la peticion que su hija
hace á su esposa...

BRUNO. Mas...

PEDRO. Yo
se lo ruego... va su dicha
(Empujándole dulcemente.)
en ello...

BRUNO. El diablo que entienda...

PEDRO. Lo comprenderá en seguida.

ESCENA XI.

CÁRLOS, el SEÑOR PEDRO.

CARLOS. ¡Y bien!

PEDRO. Y bien, de tu error
aún no saliste?

CARLOS. Á fe mia...

PEDRO. Al declararme á María
se ha descubierto tu amor.

CARLOS. ¡Cómo!

PEDRO. Murió tu creencia
del oro al influjo extraño,

y al herirte un desengaño
te creiste sin conciencia.
Pensaste un negocio hacer
y, con el amor jugando,
los celos te están mostrando
que amabas á esa mujer.

CÁRLOS. ¡Ah! pero usté...

PEDRO. Yo te ví
en la negacion sumido...
por fortuna he conocido
que aún hay corazon en tí.
Mas he observado tambien
de tu amada el sentimiento...
Si se uniera á tí presiento
que no labráras su bien.
Al renunciar su riqueza,
piensas buscar otra igual
para remediar el mal
de tu pasada torpeza.
¡Ah! Cárlos, en tu profundo
extravío aún te lamentas
de ser pobre y vengar cuentas
los desengaños del mundo.
Y pasados los momentos
primeros de union dichosa,
tu ambicion diera á tu esposa
una vida de tormentos.
Pues bien; ¿á qué acibarar
esa tranquila existencia?
¡Déjala con su inocencia
y lánzate tú á luchar!
Déjala que halle en la tierra
la verdad en su pasion,
que no es suyo un corazon
donde la ambicion se encierra.
Yo soy rico lo bastante,
y á tu proceder leal
ofreceré ese caudal
que puede alzarte gigante.
No aumente un nuevo desliz
de tu sinrazon la huella;
sigue tu impulso, que á ella

otro hombre la hará feliz.

CARLOS. ¡Oh! nunca... usté no comprende
que la razon ha vencido...
que si engañarme he podido
mi corazon no se vende...

PEDRO. ¡Cárlos!

CARLOS. ¡Ah! sí, ¿qué es el oro
junto á mi devuelta calma?
Su amor es la fe del alma,
mi más preciado tesoro.
Yo de mi error prescindí,
yo abjuré de mi locura,
y cifro ya mi ventura
en la paz que encuentro aquí.

PEDRO. Pues no vacilas por nada,
no debo ocultarte ya...
(Con misterio, atrayéndole á primer término.)
Esta familia...

CARLOS. ¿Qué?

PEDRO. Está
completamente arruinada.

CARLOS. ¡Imposible! si hay en caja,
yo mismo conté el dinero...

PEDRO. Y qué...

CARLOS. ¿Y qué?

PEDRO. Todo banquero
juega con doble baraja.

CARLOS. No entiendo.

PEDRO. Ves los millones
de don Bruno, pero es cierto
que te oculta el descubierto
de urgentes obligaciones.
Hoy su crédito no acosa
la deuda, sorda.... latente...
mas cuando se haga patente
será una quiebra horrorosa.

CARLOS. ¿Pero es posible?

PEDRO. Lo es;
yo mismo créditos tengo
contra él...

CARLOS. ¡Ah!

PEDRO. Y si ahora me avengo

á ofrecerlos á los piés
de la hija, al verse oprimida
por la miseria que avanza,
hallará en mí la esperanza,
la proteccion y la vida.
Y entónces, la cosa es clara,
ó es tonta, ó á no dudar,
el oro la hará olvidar
las arrugas de mi cara.

CARLOS. Pero ella...

PEDRO. Aunque sólo sea
por salvar la honra y el nombre
de su padre...

CARLOS. Pero este hombre
en mi dolor se recrea.

PEDRO. Luego entónces...

CARLOS. Al creerla
segura mi amor dormía,
y este amor es mi agonía
desde que temo perderla.
Ahora que, el honor, está
de su padre, entre sns manos,
ahora que no juzgo vanos
los pasos que ha dado ya;
y que al ver la situacion
á que la impele el destino,
la alejan de mi camino
el honor y la razon.
Ahora es cuando al pecho gritan
afectos que nunca mueren,
ahora es cuando al alma hieren
con la ilusion que la gritan.

PEDRO. (Conteniendo su alegría.)
¡Cárlos!

CARLOS. ¡Oh, nunca creí
amar tanto á esa mujer!...
¿No iba usté ántes á ofrecer
un capital para mí?
Pues en vez de eso, señor,
déme usté los documentos
que son en estos momentos
peligros para su honor.

Yo sé trabajar, y un dia
esa suma, sin jactancia,
mi trabajo y mi cònstancia
devolverá á su hidalguía.
Y sin menguada ambicion
doblaré mi afan porque ella
no vea borrarse la huella
de su digna posicion.
Entónces, la frente erguida,
podré darla un nombre puro;
debiéndole á usté, lo juro,
mi ventura más querida.
Usté, que á mi madre amó
tan pura, tan noblemente;
usté, señor, claramente
verá lo que siento yo.
Ella sola es ya mi bien,
mi alegría, mi esperanza;
el ángel que en lontananza
me muestra el supremo bien.
Deje á esa mujer querida
guiarme en ese sendero...
guárdese usté su dinero
y vuélvame usté la vida!

PEDRO. (No puedo fingir ya más...)
¡Cárlos! (Conmovido abriéndole los brazos.)

CARLOS. (Tirando la pistola y precipitándose en ellos.)
¡Oh!

PEDRO. Ven á mis brazos
y que tan hermosos lazos
no se desaten jamás.
Hoy se ha logrado mi anhelo,
y al recobrar tus virtudes,
hoy tu madre, no lo dudes,
te sonrie desde el cielo.

CARLOS. ¡Señor!

PEDRO. Probarte he querido
y has llegado á comprender
que aquí existe un gran poder
(Poniéndole la mano sobre el corazon.)
que no habías conocido.

CARLOS. ¿Luégo no es cierto?...

PEDRO. Ficcion
fué todo...
CARLOS. ¿Y la quiebra?...
PEDRO. Sí.
CARLOS. ¿Qué consiguió?..
PEDRO. Hallar en tí
la vida del corazon.
CARLOS. ¡Ah!
PEDRO. ¿No convienes tambien
en que es muy grande y muy bello
ver ese hermoso destello
que nos impulsa hácia el bien?
Dicen que el oro es el Dios
de la sociedad gastada;
que no hay virtudes, ni hay nada
yendo del dinero en pos.
¡Mentira! ¿qué? ¿ese metal
con su poder decantado
alguna vez ha comprado
el cariño maternal?
¿Ha doblegado el deber
de las tranquilas conciencias?
¿Ha sido luz de las ciencias
ni lumbrera del saber?
¿Qué genio grande y fecundo
pudo nunca subyugar?
¿pensó en él Colon al dar
á la España un Nuevo Mundo?
¿ni Cervantes, que su historia
pobre escribió, agonizante,
y hoy no halla el mundo bastante
para contener su gloria?
¡Ah! donde brilla el honor,
el genio, las afecciones...
no tiene el oro doblones
para amenguar su esplendor.
¡No! sobre su gran poder
aún hay otra gran riqueza,
que el más pobre en su pobreza
puede siempre sostener.
Hay riqueza que jamás
roba con su oro la calma,

¡hay la riqueza del alma
que vale más, mucho más!

CARLOS. ¡Señor Pedro!...

PEDRO. El dulce lazo
sientes que te une á la vida....

CARLOS. Dios bendiga su venida...

PEDRO. Bendígala...

CARLOS. ¿Qué?

PEDRO. ¡Otro abrazo!

CARLOS. Vuelven mis sueños dorados,
mi fe...

PEDRO. ¡Calla!

CARLOS. Salen...

PEDRO. Sí.

BRUNO. Pues señor, todos aquí
están locos rematados.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARÍA, DOÑA MERCEDES, D. BRUNO.

MARIA. ¡Papá!

MERC. ¡Bruno!

BRUNO. ¡Sí!

PEDRO. ¿Qué pasa?

BRUNO. ¿Que qué pasa? No lo sé...
mas desde que ha entrado usté
tengo revuelta la casa.
Ahora la madre y la hija
me quieren por yerno dar
á Cárlos.

PEDRO. No hay que dudar,
es preciso que transija.

BRUNO. ¡Cómo!

CARLOS. ¡Señor!

BRUNO. Pero este hombre...
pues no me pidió...

PERRO. Sí tal;
y no considero un mal
el que se cambie de nombre.
Mas como al par considero
que hay un negocio entablado,

sepa usté, que está nombrado
este jóven mi heredero.

CARLOS. ¡Oh! nunca...

MERC. Pero, por Dios,
¿usted no la dió á entender?...

PEDRO. He tratado de saber
si se querían los dos.

CARLOS. ¡Qué noble es usté!

PEDRO. ¡Aturdido!
¿Cómo pudiste pensar?...
Ea, ponte en mi lugar...
¡soy viejo para marido!
(Colocándole al lado de María.)

MARIA. Pero aún falta...

MERC. ¿Tú qué dices?

BRUNO. Puesto que se aman los dos
y el señor le da... que Dios
les haga siempre felices.

MARIA. ¡Papá! (Con alegría yendo á su lado.)

CARLOS. ¡Don Bruno? (Id.)

BRUNO. ¿Qué hacer?

CARLOS. Mas yo no puedo aceptar...

PEDRO. Vaya... te vas á callar
ó no me vuelves á ver.
Soy solo... ¿para qué quiero?...
aunque legue mis doblones,
con lo que dan mis terrones
me sobra para el puchero.

MARIA. ¡Oh! y se va...

PEDRO. Serán manías,
mas no nací cortesano;
sólo os pido que en verano
vayais al pueblo unos dias.
Allí en la plácida calma
con que el reposo convida,
en las luchas de la vida
hallareis la paz del alma.
Allí aspirareis los dos
de la fe las auras puras...
admirando sus hechuras
el hombre se acerca á Dios.
Que Él os bendiga y os dé

una completa ventura...
Y tú, pues de tu locura
volviste ya por la fe...
guarda ese rico tesoro
que te mostró en su pasion,
que á donde está el corazon
no llega EL PODER DEL ORO.

FIN DE LA COMEDIA.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Amor al arte	1	D. José Jackson Veyan.	Todo.
Carambola por chiripa	1	José Estrañi	»
El poder del oro	1	E. Ceballos Quintana.	»
El sexo débil	1	Miguel Echegaray	»
La cesta de la plaza	1	José Navarrete	»
La gloriosa Resurreccion de N. S. J.	1	A. Campoamor	Libro.
Ojo alerta	1	E. J. Cortés	Todo.
Por el señor de La Casa	1	Soravilla y Pascual	»
Un jóven aprovechado	1	J. Balader y J. Sales.	»
Una suegra en batería	1	E. Ceballos Quintana.	»
Demonio y Ángel	2	Miguel Pastorfido	»
La redencion del pasado	2	Granés y Pastorfido	»
ZARZUELAS.			
El pan de la emigracion	1	D. N. N.	L. y M.
La familia Bachicha	1	Palomino y Vidal	L. y M.
El mundo va á arder	1	Granés y Pastorfido	L. y M.
Tormenta	1	M. Nieto	Música
El bufon de S. A	2	S. Bustillo	Libro.
Cuento de hadas	3	R. Puente y Brañas	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.